

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 229

Sevilla—Sábado 5 de Octubre de 1901

AÑO XXV

EL IMPUESTO DE CONSUMOS

Los partidos democráticos han venido combatiendo siempre este impuesto, que ha originado grandes conflictos en pueblos y ciudades, y que ha ocasionado el derramamiento de sangre en mil ocasiones.

La revolución de Septiembre tenía como bandera la abolición de este impuesto injusto, anacrónico y contrario a la ciencia económica.

La opinión sana del país le había condenado. Hoy parece que la prensa de todos matices inaugura una activa campaña para que tan injusto sistema de contribución desaparezca. Bien hecho está, hágalo quien lo haga, y plácemes merecen todas las iniciativas en este sentido; pero conviene siempre hacer constar que esta corriente de opinión se debe al trabajo constante, a la incansable labor, al continuo machacar de los elementos radicales, que son los que señalan los vicios, los defectos, los gravísimos inconvenientes de este medio de tributar, que si ofrece al Estado seguro ingreso, aniquila al pobre por la carestía excesiva de los artículos de primera necesidad, y acaba con las pocas industrias, destruyendo la producción.

Ahora se aperceben las gentes de la monarquía que una de las principales causas de la carestía de la vida en muchas ciudades de España obedece a las excesivas tarifas que pagan los artículos de comer y beber más necesarios para la vida.

Ahora comienzan a enterarse del inmenso peso de la carga que llevan los pobres en una proporción enorme con relación a los ricos. Ahora empiezan a reconocer que los republicanos, y en general los demócratas, tenían razón cuando nos pronunciábamos contra el injusto impuesto y fusilaban y encarcelaban sin compasión a los que pacíficamente protestaban de él.

¿Pero este movimiento de opinión, empujado por la acción casi unánime de la prensa, llegará a la abolición o supresión del impuesto?

Nuestros ministros de Hacienda, desde el advenimiento de Alfonso XII hasta el día, no han sido más que recaudadores de contribuciones e impuestos, sin conciencia, atentos al pago de la enorme deuda que ellos mismos contrajeron, considerando al contribuyente como esclavo que labra y produce para el fisco y sus atenciones, no como ciudadano de un pueblo moderno que tiene derechos y deberes; por eso se ha abusado tanto y hemos caído en la profunda sima que es causa de que se haga imposible la vida.

Sin embargo, y precisamente por la razón expuesta, no se suprimirá el impuesto de consumos, porque la monarquía no dispone de medios para sustituirlo por otro menos oneroso e irritantes. Porque los hombres de los partidos turbulentos son poco aficionados a innovaciones y temen mucho remover, no sea que por el portillo económico penetren vientos de revolución y se pierda todo.

Ofrecerán los ministros atender las quejas del país, escuchar las reclamaciones de la prensa para neutralizar el movimiento de opinión y para hacer innecesaria la propaganda, declarándose convencidos de la necesidad de la supresión del impuesto, y luego, con las frases de repertorio de que hay que proceder con prudencia y con calma, prolongar indefinidamente la medida, ni más ni menos que viene haciendo con el servicio obligatorio y con tantas otras reformas convenientes.

Caerán los liberales, legando la herencia a los conservadores, y no se habrá logrado la supresión del impuesto.

Es decir, que no bastará toda acción legal para obtener lo que se desea. Será preciso apelar a la violencia y esperar de otro régimen y de otras instituciones que realicen estos anhelos del país.

Aunque importantísimo para la vida del pobre la supresión del impuesto, consideramos muy deficiente la medida, pues en nuestra opinión debe acompañarla una reforma completa en el sistema tributario, con procedimientos más adecuados que los que actualmente emplea el fisco y sus delegados para hacerlos efectivos, y ante todo y sobre todo medidas de carácter jurídico llevadas al Código civil, que establezcan

verdadero equilibrio en las relaciones de lo tuyo y lo mío, porque no se pueden satisfacer por las industrias, y sobre todo por las profesiones liberales, los impuestos y gabelas, sin una medida eficaz que garantice a aquellos la remuneración del trabajo.

Votamos que republicanos y demócratas la supresión del impuesto, aunque estamos convencidos que no es el régimen actual capaz de estos empeños.

A. A.

Murmuraciones

El Sultán de Marruecos ha ordenado formar un cuerpo de ejército para que vaya a castigar a las kábilas montaraces que retienen vivos ó muertos, a los cautivos españoles.

Así se le ha participado al representante de España en Tánger, y éste, a su vez, a nuestro Gobierno, que está satisfechísimo del resultado de las gestiones practicadas.

La familia de los cautivos susodichos puede ya tranquilizarse: se cortarán algunas cabezas moras y se cobrarán algunos tributos para el Sultán.

Y últimamente, si los cautivos españoles no parecen vivos ni muertos, se le entregará al Gobierno español una cantidad en dinero para que, con ella, mande fabricar los dos súbditos que le faltan.

Los telegramas alarmantes con que ayer nos sorprendieron las Agencias telegráficas, anunciándonos el desastroso fin del Sr. D. Germán Gamazo, han resultado una falsedad.

Esas son voces que hacen correr los deudores al gran hombre, creyendo—¡inocentes!—que por que dicho señor se muera no se van a hacer efectivos los pagarés.

Ayer no analizó *El Noticiero*, ó, más bien dicho, su corresponsal, la orina de dicho ilustre enfermo, pero es de creer que la albúmina haya crecido.

Nos alegramos de la mejoría, porque hombres de las simpatías y condiciones especialísimas del Sr. Gamazo hacen falta en España para... desear vivamente que los ingleses ó los franceses ó los turcos vengan a conquistarnos.

El chiquillo y la chiquilla que en días atrás se casaron por sorpresa en la parroquia donde *Churrilla* es el amo, ayer, sin pasar aviso, en un coche se fugaron... ¿Y sabéis dónde se fueron para celebrar el rapto?... Pues... ¡a Camas! ¡Ya era justo que, después de tanto escándalo, descansara el matrimonio en Camas, siquiera un rato!

La Reina y el Barquillero, ó el Barquillero y la Reina: episodio sentimental con barquillos de canela, en un acto y tres cuadros al aire libre.

La acción se desarrolla en San Sebastián. Primer cuadro: Aparece el barquillero con la ruleta a la espalda, deplorando su mala suerte.

Es un moceón fornido, con cara de picaro y con costillas inquebrantables, como casi todos los barquilleros.

Cuando está más desesperado, temiendo no poder engañar a nadie aquel día, aparece un grupo de majestades que han salido de paseo para deshechar la mortaja a que las sujetan los consejos de los padres Montañas y las obligaciones de su espinoso cargo, por el que no cobran más que la insignificante cantidad de treinta y dos millones de reales en oro, y otros treinta y dos en plus de campaña veraniega y condonamientos de contribuciones de las fincas majestáticas.

El barquillero, que no tiene vergüenza, ó que tiene la misma que sus barquillos, coge media docena de éstos y se los ofrece a su majestad, hincado de rodillas.

Su majestad se echa a reír, y, mirando hacia su acompañamiento, exclama, llena de satisfacción:

—¡Cómo me adoga mi pueblo!... Entregad a este chico una fortuna para que sea feliz para siempre.

Y aquí cede la palabra al autor del episodio sentimental, que dice:

«En aquel momento llamó la Infanta a un lacayo que bajaba en el coche de palacio, y le pidió 15 pesetas, que entregó a S. M., y la augusta señora a su vez al barquillero.»

Después de deshacerse el barquillero en lágrimas de agradecimiento, se marchó dando estentóreas vivas, cuyos ecos repercutieron en las

inmensas soledades del mar Cantábrico, que por un momento enfrenó su furia...

Segundo cuadro:

Su majestad tira los barquillos y se limpia las manos reales, diciendo:

—¡Que tengamos que sopotag estos abusos de la pillegual!... Genegal: que despejen estos sitios.

Tercer cuadro:

El señor Administrador hablando con varios reporters de la prensa:

—¡Qué corazón el de nuestra augusta señora! Por donde quiera va derramando los dones de su generosidad sin límites. Yo he tenido que llamarle la atención sobre estos despilfarros con que su carácter se manifiesta en todas partes... ¿Cuánto creerán ustedes que le regaló ayer a un misero barquillero por media docena de barquillos?...

—¡Una peseta!...

—¡Qué!... ¡Tres duros!... A este paso, los millones son soplos.

Los reporters toman apuntes y salen corriendo, uno encima del otro, para la central de teléfonos y de teléfonos.

Caen el telón del ridículo y aplauden los alabarderos, cumpliendo así con su obligación.

De un Diccionario religioso-parabólico que ha comenzado a publicar un periódico madrileño:

La simonía.—Se compran y venden todos los cargos, beneficios, prebendas, mitras y capelos. En los palacios episcopales es bien recibido el rico y muy mal el pobre: la avaricia domina en todas las curias eclesiásticas. Los obispos reúnen fortunas enormes en tanto que los templos se caen de viejos y sucios; la cocina ó el retrete de cualquier prelado es cien veces más lujoso que el sagrario de una parroquia. Con dinero todo se consigue del sacerdocio; sin él, la mayor justicia no se abre paso.

¡Evangelio puro!
¿Ignora el colega el versículo 444 de la Epístola de San Mateo a los caduceos y a irios?

En ella dice:
«Cualquiera cosa que pidieres la pagarás al cura, que es el recaudador general de nuestros tesoros en la tierra. El cura se lo entregará al secretario del arzobispo. El secretario se lo entregará al arzobispo, y éste se quedará con todo lo que reciba en la tierra para entregárselo a nosotros en el cielo.»

De la calle de San Cosme, de Madrid, se fué un portero, y esta es la hora bendita que no se sabe del viejo. ¿Estará en una taberna? ¿Estará en el cementerio? La noticia la remiten urgente por el telégrafo, para que, por las provincias, se sepa el raro suceso... Señores: Mucho cuidado. Ya lo sabéis: un portero de la calle de San Cosme, de Madrid. ¡Ojo con ello!

Para alivio de los emperadores, reyes y presidentes ó jefes de Estados modernos, y de sus familias respectivas, publicamos los siguientes apuntes:

«Hé aquí cómo murieron los emperadores romanos desde César a Constantino V, en aquellos tiempos de desenfundada libertad... para los emperadores mismos:

De muerte natural, 37.
Asesinados, 54.
Envenenados, 2.
Expulsados del trono, 6.
Después de abdicar, 6.
Enterrado vivo, 1.
Suicidados, 5.
Muertos por el rayo, 2.
De muerte desconocida, 2.
Total, 115.»

No hay que achacarle a la libertad los crímenes que sólo ejecuta la tiranía.

La tiranía de abajo contra la tiranía de arriba.

CARRASQUILLA.

¡Contraste!...

Un telegrama de Londres dice que en Nueva York se ha hecho una solicitud al Gobierno, que firman millares de personas pidiendo que cuando se ajustice a Czolgosz, su cadáver se arroje al mar, para que los restos del asesino de MacKinley no deshonren la tierra americana.

¡Peregrina idea de del pueblo yanqui!
No quiere que los restos de Czolgosz re-

posen bajo la tierra, suponiendo que la materia que animó un espíritu de perversos instintos es indigna de que aquella la cubra, y desean arrojarlo al mar, sepultarlo bajo las aguas del Océano.

Si el cuerpo del anarquista deshonra la tierra, si no merece que en aquella se cave su sepulcro, ¿por qué ha de ser hundido en el mar?...

¿Es que éste es menos honrado que la tierra?...

No hace un siglo se dijo, al caer al mar el féretro que encerraba los restos de Napoleón I, que éstos no habían podido hallar una sepultura más digna de la grandeza del guerrero. Se suponía a la tierra pequeña para un héroe tan grande, y por eso celebróse, con la frase escrita, que encontrasen su tumba bajo la inmensidad del líquido elemento.

Quizás prospere la idea de los americanos; quizás caiga, arrojado desde la borda de un barco al mar, el cuerpo inanimado de Czolgosz. ¡Y quién sabe si, en el confuso bulir de las aguas, y arrastrados por las corrientes interiores del Océano, se tropiecen en su mismo sepulcro los restos del vencedor de Wagrán y los del asesino en Buffalo!

Para aquel no hallaron los hombres una sepultura más digna de su gloria, de la gloria de sus hechos militares; para el otro, tampoco encuentran una fosa más apropiada a su maldad.

El uno cayó allí en calidad de héroe; el otro en calidad de asesino...

¡Con razón se dice que los extremos se tocan, que hay en ellos puntos de contacto!

A. SOTO.

MILAGROS

Para extirpar de las almas la duda y la desesperación, curar como con la mano a la sociedad contemporánea de su tan sobada neurosis, restituir a los corazones la perdida esperanza y restaurar en los espíritus la muerta ó amortiguada fe, el poeta francés Juan Aicard, y en su nombre y representación nuestro compatriota Eusebio Blasco, como su agente en España, demandan tan sólo la friolera de un milagrito por amor de Dios. Con un milagro, uno solo, daríanse entrambos por satisfechos. Un milagro bastaría, a su juicio, para restituir la humanidad, según la poética frase consagrada, a los antiguos campanarios. Sin duda, en concepto de estos señores, la gente moderna profesa, en punto a lo sobrenatural, la máxima que el vulgo atribuye a Santo Tomás. Singular especie de fe, que se asemeja demasiado a la que tenía en la hermosa de Dulcinea aquel mercader socarrón que para confesarla demandaba de don Quijote un retrato de la dama, si quiera fuese el tal retrato del tamaño de una lenteja.

De tal suerte ha llegado el escepticismo a acreditar la especie de la inopia actual de los milagros, que los más ardientes defensores de lo sobrenatural se han creído obligados a dar del pretendido hecho una explicación suficiente. A oírles, nuestra impiedad y nuestros pecados nos hacen indignos de los favores celestes. Se ha notado, con efecto, que los milagros se multiplican con la fe, y con el descreimiento escasean. Fenómeno éste que tendrá, a no dudarlo, su interpretación teológica, ya que a la luz de la sola razón humana parece que lo milagroso debiera ser, por el contrario, prodigado a las sociedades incrédulas, por más necesitadas de ello que las creyentes, al modo como debe darse de comer al que tiene hambre, y nunca al harto.

Sea de esto lo que fuere, que no es la presente ocasión para averiguarlo, lo que hay de cierto es que en España huelga enteramente la explicación de un hecho que nunca aquí se produce. Lo que en Aicard es comprensible, se hace injustificable en Blasco. Que un francés solicite un milagro, pase. ¡Pero un español! ¿Tan desmemoriado anda nuestro compatriota que ha llegado a olvidar que eso que su colega parisien demanda como cosa del otro jueves es aquí vulgar, lo común, lo corriente, lo trivial, el suceso de todos los días? Aquí el portento nada tiene de extraordinario. Aquí vivimos en constante prodigio y nos movemos en plena mara

villa. No un milagro, diez, ciento, mil, un millón encontraría Mr. Aicard con solo trasponer la frontera. El que esté sediento de milagros que se venga aquí.

Tan familiar nos es á los españoles el milagro, que le demandamos á cada paso, á la medida del deseo, á qué quieres boca, como quien pide las botas ó el desayuno. ¿Que no llueve? Sacamos el santo del pueblo. ¿Que llueve demasiado? Lo volvemos á sacar. ¿Que hay guerra? Hacemos una rogativa. ¿Que se llevaban á Cuba algunos de los nuestros? Les dábamos un escapulario contra las balas y una medalla contra el vomito. Para todas las calamidades tenemos nuestro patrono. Si truena, nos encomendamos á Santa Bárbara; si reina la peste, á San Roque; si la pariente está en apuro, á Nuestra Señora del Buen Parto; si la niña no se casa, á San Antonio bendito. Cada órgano de nuestro cuerpo tiene su correspondiente abogado: para los ojos está Santa Lucía; para los oídos, San Ciriaco; para las piernas, San Quirico; para la cabeza, San Juan Bautista; para el estómago, San Bernardino Abad; para el vientre, San Serapio; para las muelas, Santa Apolonia. Cada enfermedad tiene, en sentir de los piadosos, su santo especialista: San Leandro cura la apoplejía; San Raimundo, el vértigo; Santa Dorotea, el reuma; San Sévulo, la parálisis; San Fiacro, las hemorragias; San Babilas, las quemaduras; San Franco de Sena, el cólico; San Liborio, el mal de orina; el cólera, San Luis Beltrán; Santa Agueda, los zaratanes; San Félix de Cantalicio, los panadizos, y San Gregorio, los sabañones. ¿Qué más? Por tener tenemos hasta á Santa Rita, abogada de los imposibles, de cuya celeste intervención debemos fiar el que estos caballeros que nos gobiernan no den al traste con nosotros.

Si el milagro no fuera aquí cosa corriente, ¿se comprendería que hubieran tanta confianza en el milagro? De él lo esperamos todo. De su eficacia aguarda el enfermo la salud, el pobre la riqueza, el pretendiente el destino, el aspirante el acta, el agricultor la cosecha, el mercader la venta, el industrial el monopolio, el preso la libertad, el rentista el trimestre, el funcionario el sueldo, el contribuyente la justicia, el carlista á D. Carlos y el republicano la República.

Y no esa confianza, así como quiera, destinada y loca. No ya Juan Aicard, entusiasta á fuer de poeta y creyente en el prodigio como quien tiene hambre y sed de lo maravilloso; el propio Voltaire, con todo su escepticismo, quedaría plenamente convencido de la realidad de los milagros al cabo de pasar no más que un día en esta tierra del portentoso. No tendría sino asistir al milagro de la formación de una mayoría parlamentaria; milagro complejo, formado de toda la milagrería electoral, donde se dan casos de ubicuidad y hay Lazaros que se alzan de la tumba por complacer al Gobierno, y se hallan urnas que encierran en sus entrañas misteriosas mayor número de papeletas que el censo cuenta de electores. No tendría más que informarse de por qué especie de maravilla, un país que no posee una peseta desde hace tanto tiempo, se ha venido gastando diariamente, durante tres años, al pie de un par de millones de ellas por vía de extraordinario; milagro estupendo, más asombroso, sea dicho con toda reverencia, que el de los panes y los peces, y sólo comparable con el milagro de los milagros que sacó al mundo de la nada. No tendría sino interrogar á cualquiera de nuestros políticos acerca de la acción misteriosa y sobrehumana por cuya virtud hemos conservado hasta el otro día el resto de nuestras colonias. Y si aun á esas pruebas resistiera su invencible incredulidad, de cierto quedaría del todo disipada sabiendo que hay todavía en España quien vive de su trabajo, quien se oiega á entrar en la legalidad, quien refusa ser concejal, quien no mete matute, quien juega de buena fé en la Bolsa, quien ha vuelto pobre de las aduanas de Cuba, quien ejercía el sufragio, quien cree en la legitimidad del Parlamento, quien tiene á Polavieja por un genio y quien de Sivela se fía.

¿Milagros? Venga, venga por acá ese monsieur Aicard y le hincharemos la medida. Apenas esté entre nosotros se convencerá de que hoy por hoy los españoles por milagro andamos sueltos y vivimos de milagro. Y para colmo del milagro, á poco que el fisco apriete, España entera será, antes de mucho, una especie de sucursal de la Corte de los Milagros.

ALFREDO CALDERÓN.

De actualidad

Dicen de Nueva York que Emma Goddman propónese dar conferencia de filosofía anarquista á todo el país.

Los productos ingresarán para los fondos anarquistas.

Rosa Gofre, autora del homicidio de ayer en la tienda de la calle Fuencarral, declara que el muerto, Francisco Solle, exhuéped de la casa, la requirió de amores, y habiendo sido rechazado, la ditamaba.

Ayer, al verle cuestionar con su marido y apalearle, cegóse de ira y disparó el revólver que cogió de la mesa de noche.

Ignora la muerte del sujeto y está abatida. Hallase incomunicada.

En París, el periódico el Journal propone un concurso internacional de belleza.

Invita á la prensa de todos los países á realizar concursos parciales.

Los primeros premios del concurso irán á París á disputarse el premio internacional.

Encabeza la suscripción con 10,000 francos.

Los productos de aquélla constituirán los premios.

Dicen de Barcelona que sigue la agitación carlista.

Insístese sobre próxima aonada.

La benemérita ha hallado en el barranco de San Andrés (Tortosa) dos cajas con armas.

Se han internado en Francia el duque de Solferino y el cabecilla Pepeu.

Romanones proyecta establecer en los Institutos la enseñanza de la Constitución.

Bilbao: ha habido un choque de tranvías eléctricos entre Luchana y Deusto, ambos destrozados, tres heridos graves y varios contusos.

A Bélgica llegó un nieto de Kruger con noticias del Transvaal favorables á los boers.

La corte de China saldrá en breve de Ginebra de regreso á Pekín, formando caravana de 1,200.

La travesía durará dos meses, y los pueblos que atravesase sufrirán impuestos extraordinarios para aprovisionar á la corte.

En Manila ha causado sensación la derrota de Balanginas y témense otras.

Los indígenas rehácese.

El general yanqui Chaffe envía refuerzos y tres cañoneros para proteger la guarnición.

Ha pedido veinte vapores para mantener las comunicaciones.

Londres: en Bloespruit ha sido gravemente herido el jefe boer Brand.

Entre Lugones y Gijón chocaron dos trenes, resultando el maquinista y el fogonero con heridas graves.

En tren de socorro marcharon las autoridades.

Carécese de detalles.

Según despacho de Bilbao, al llegar un tren, procedente de Lozama, explotó la caldera, lanzando al fogonero á gran distancia.

Encontrósele desnudo con el vientre destrozado.

El maquinista, el jefe de la Estación, otro fogonero y dos viajeros, sufrieron lesiones graves.

La caldera fué lanzada á un campo cercano, arrasando las fachadas de algunas casas.

Atribúyese las causas á carecer la caldera de agua.

Acudieron las autoridades.

Los heridos ingresaron en el hospital.

Rectifense otros detalles de la explosión.

El muerto llamábase Antonio López.

La chimenea fué lanzada al cuartel de la guardia foral.

Muchísimos heridos entre graves y leves.

Desespérase del estado del jefe de la estación, el cual ha sido sacramentado.

A causa del estruendo derrumbóse una pared de una casa inmediata.

El guarda aguja salvóse de milagro, entre la máquina y el tender.

Aumenta el número conocido de contusos.

Muchos cúranse en las casas.

La parte trasera de la máquina elevóse á ocho metros, cayendo en la plaza del Cuartel de Forales.

El Consejo de Ministro duró cuatro horas, Aprobáronse expedientes para adquisición de material de guerra.

Acordóse ampliar el plazo para la redención á metálico hasta que se presente á las Cortes el proyecto de la ley sobre distribución del cupo.

Weyler expuso el brillante resultado de las maniobras de artillería, elogiando la pericia de oficiales y soldados.

Anunció prácticas de ingenieros militares de utilidad permanente.

Aprobóse decreto de Teverga regulando la inscripción en los Registros civiles de documentos referentes al estado civil de españoles nacidos en Ultramar antes de cesar nuestra soberanía.

Otro regulando los méritos de magistrados y jueces para el ascenso por el turno segundo.

Villanueva ha presentado decreto declarando de utilidad pública los trabajos hidrológicos

y forestales para la repoblación de la cuenca del Segura.

Aprobóse el proyecto de ley municipal.

También los decretos suprimiendo la Junta de urbanización y los proyectos de ley sobre huelga, coligaciones, extinción de la langosta, pesca fluvial y modificando la legislación vigente sobre extinción de la langosta y repoblación de viñedos.

Estudióse el plan de ferrocarriles secundarios.

Dicen de Barcelona que El Correo Catalán publica carta del jefe carlista Moore desautorizando cualquier intenciona y añadiendo que los jefes serían relevados y expulsados.

Noticias de la frontera francesa indican que aumenta el movimiento habiendo frecuentes entradas y salidas misteriosas.

Señálanse depósitos de armas y dicen que se esperan órdenes de Venecia y Madrid.

Corre el rumor de que hay disgusto entre los alumnos de infantería á causa del favor recibido por el hijo de un exministro de la Guerra.

Lo piden todos los de la promoción.

En los centros oficiales guárdase reserva, y según noticias particulares, témense un conflicto.

El Sultán reúne fuerzas para enviarlas al castigo de las kábilas que tienen los cautivos.

Irán un delegado español militar protegido por las tropas del Emperador.

Mañana habrá en Borja mítin para pedir la abolición de los Consumos.

Almodóvar declaró que la crisis vendrá en los debates de las Cortes.

Ahora ningún ministro pondrá dificultades á la gestión de Urzáiz.

Mañana será la recepción de Bealliure en la Academia de Bellas Artes.

Dícese que las elecciones municipales serán el 10 de Noviembre.

Envióse á la firma la convocatoria de Cortes para el 16.

Estudia Urzáiz un proyecto de construcción de 4,000 kilómetros de ferrocarriles secundarios.

Almodóvar ha recibido noticias de Saavedra.

Al presentarse éste á los ministros de la Guerra y Estado, el gran Visir convocó á Consejo.

Este aceptó las notas de España.

Los ministros prometieron á Saavedra mandar una expedición militar, que marchará enseñuida.

El proyecto de ley municipal inspírase en el reconocimiento de la personalidad jurídica de los Municipios, con organización distinta para los Ayuntamientos menores de mil habitantes, de mil uno á cien mil y de cien mil uno en adelante.

Aquellos se compondrán de cinco concejales renovables bienalmente.

Habrán junta municipal y la mitad estarán capacitados para formar parte de ella anualmente.

Los acaudales y tenientes los nombrará la junta municipal.

Redúcese el número de concejales.

Para caso de vacantes se elegirán suplentes.

Limítanse las facultades del gobierno para nombrar alcaldes de real orden.

Se simplificará la contabilidad municipal.

Sepáranse la responsabilidad gubernativa y criminal y los recursos de alzada.

El poder central no interveendrá en los asuntos exclusivamente municipales.

Chascarrillo

—¡Mira, Celipe—decía la tía Pilar—qu'esto no pué seguir asina!... Sitú no te aconfiesas este año tampoco, estás recondenao, y yo no quieo que me lleve el diablico.

—Pero recontra, ¿pa qué te querrá llevá el diablico, chiquia?

—Pa echarme en el infierno por está á la vera de un hereje que no confiesa... ayer me lo dijo el señor cura... y como tú no cumplas con la iglesia, te queas solico, porque yo me voy con mi agüela á Calamocha.

—Pero ¿y cómo voy yo á d'í á confesame? ¡si no m'acuerdo ya de la dotrina!... El señor cura comenará á hacer pregunticas y yo no sé ná d'eso.

—Es claro... y no ti dará vergüenza d'ecirlo, gran judío... Pus bien que sabes d'emborrachate y luego darne de tozolas en los morros; bien que sabes de gastarme los dineros en vino... asina estás... que paice mentira, ¡condenao y hecho un renegao de Dios!... Pero ya no me aguantó más... tú te confiesas mañana, tú no cuentas con Pilara.

—Chiquia, no t'amontones, que mi dá lástima... Descudía que mañana platicaré con el cu-

rica ese, pero será menesté que me enseñes á presiná y mi digas un poquico é dotrina esta tarde pa cuando me apregunten.

—N'hace falta... yo iré contigo á la iglesia y t'iré por señas las contestaciones.

—Güeno... entonces mañana á las siete me aconfieso antes de dirme á la huerta.

—Pero oye, Pilara, ¿y cómo me vas á ecir lo que respondo al señor cura?

—Por señas con los deos.

—Está bien... pero te apondrás juntoco al confesario para of bien las preguntas; má que como el cura me diga que no sé dotrina, te doy una mano de destaca.

—Padre, güenos días

—Dios te los dé muy buenos, Felipe, ¿que traes?

—Pus á confesame... qu' la Pilara s'ampeñao...

—Muy bien, hijo mío... así debe ser todo buen cristiano; debe cumplir los preceptos de Dios y su santa iglesia... Hombre, persíguese bien... así... la tercera en el pecho; amor á ver, ¿cuánto tiempo hace que no confiesas?

—Hace tiempico, padre (ya está aquí la Pilara).

—Pero, ¿cuánto poco más ó menos? ¡eh!

—Pues... desde que si me murió la barracuela (haciendo señas con la mano á Pilara para que no se descuide).

—Vamos á ver... ¿y de doctrina cristiana? ¡ejem!... ¿qué tal estamos?

—Talcualicemente, señor cura...

—Voy á hacerte unas preguntitas.

—¡Güeno! (ya empiezan las pregunticas).

—Vamos á ver... ¡ejem!... ¿cuántos dioses hay?

—¿Dioses dice usted? (La Pilara levanta la mano derecha con todos los dedos cerrados, excepto el índice.)

—¿Dioses?

—¡Sí, hombre...! ¿Cuántos?

—¡Pus uno solico, señor cura!

—Muy bien... ¿y cuántas personas?

—¿Personas dice usted? (Pilar vuelve á levantar la mano doblando el piñar y el meñique y levantando los dedos restantes hacia arriba. Personicas, ¡eh!

—¡Sí... personas! ¿no lo sabes quizá?

—¿Por qué lo piensas tanto? vamos, ¿cuántas hay?

—Pues hay... cinco.

—¡¡Como!! (Pilar repite el signo con insistencia.)

—¡Sí... señor cura... cinco... tres están en pie y dos en cuclillas... según dice la Pilara...!

Por la copia, L. R.

Cuadros célebres

REMBRANDT



Adolfo de Guedres y su padre

Cuéntase que Arnolfo de Egmond, duque de Guedres, que existió en 1423, tuvo la desgracia de estar casado con una mujer depravada, de la cual tuvo un hijo desnaturalizado. Cierta día, este hijo, llamado Adolfo, se apoderó de su padre en el momento en que éste iba á acostarse; le hizo andar cinco leguas á pie y casi desnudo, á pesar del frío que hacía, y le encerró en el castillo de Baeren.

La razón que Adolfo tuvo para portarse así con su padre puede hallarse en la contestación que dió á Carlos, duque de Borgoña, cuando éste le habló para alcanzar una reconciliación entre padre é hijo:

—Hace cuarenta y cuatro años—dijo Adolfo—que mi padre es duque; es justo que me lleve el turno de serlo.

En este asunto se basa el cuadro que aquí reproducimos. En él se ve á Adolfo amenazando á su padre con el puño en el momento en que el anciano se asoma á la reja de su prisión.

Se halla en el Museo de Berlín y mide 1 metro 67 centímetros de alto por 1'33 de ancho.